

En el centenario de su nacimiento

Memoria y vigencia de Pedro Salinas

Ciclo de Juan Manchal y Soledad Salinas

Al cumplirse el pasado otoño el centenario del nacimiento del poeta Pedro Salinas (1891-1951), la Fundación Juan March iniciaba los actos de conmemoración dedicando uno de sus Cursos universitarios al escritor, con el título de «Memoria y vigencia de Pedro Salinas», que impartieron del 15 al 24 de octubre el ensayista Juan Marichal, *catedrático emérito de la Harvard University*, y Soledad Salinas, *hija del poeta y autora de diversas ediciones de la obra del mismo*. Esta dio la primera y última de las charlas (los días 15 y 24 de octubre) y Marichal la segunda y tercera (17 y 22 de octubre). Seguidamente ofrecemos un extracto del ciclo.

Soledad Salinas

«El hombre y el poeta»

Pedro Salinas nació el 27 de noviembre de 1891, en la calle de Toledo. Por lo que sabemos, su infancia fue triste y solitaria. Cursó cinco años del Bachillerato en artes en el Instituto de San Isidro, y en 1908 se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad Central; pero por faltarle vocación para ejercer de abogado, se inscribió también en la Facultad de Filosofía y Letras, sección de Historia. Por esos años comienza a frecuentar el Ateneo, donde va a estudiar y a conversar con sus compañeros de estudios. También es asiduo de la tertulia de Ricardo Baeza, en la que se debate sobre las más señaladas novedades artísticas del momento. Y allí conoce a quien será uno de sus mejores amigos y compañeros de aventuras literarias: Enrique Díez-Canedo. En 1911, cuando tenía veinte años, publica por primera vez en la revista *Prometeo* cuatro poemas, de corte rubeniano, que más tarde calificará de «espejuznantes».

Hay un largo silencio de trece años entre la aparición de esos cuatro poemas y la de su primer libro, *Presagios* (1924). En el verano de 1911, en Santapola, Salinas conoce a Margarita Bonmatí, con la que se casaría en 1915. Ella vivía en Argel. Al ser las cartas su principal medio de comunicación, éstas se convirtieron en los momentos claves de sus días. En ellas vemos manifestarse su voz lírica, compartimos sus lecturas poéticas, sus entusiasmos, sus rechazos y su voluntad de trascendencia. En septiembre de 1912, dice Salinas, empieza a escribir versos «que eran ya mis verdaderas palabras».

El año 1913 es para Salinas un año de gran actividad. Habiendo terminado la licenciatura en Filosofía y Letras, inicia el doctorado. También en 1913 es nombrado Secretario de la Sección de Literatura del Ateneo. Y participa en actividades literarias a la vez que políticas. Díez-Canedo, Fortini y Salinas son, los tres, partidarios



Soledad Salinas realizó estudios universitarios con su padre, Pedro Salinas, y con Jorge Guillén. Ha ejercido la docencia en diversos centros de Estados Unidos como profesora de Literatura española. Es autora de *El mundo poético de Rafael Alberti* y ha preparado las ediciones de la poesía, narrativa, ensayo y correspondencia de su padre.

acérrimos del versolibrismo y pretenden instaurarlo en España siguiendo los modelos franceses. Proyectan publicar una revista que no verá la luz. Pero más allá de tertulias y manifiestos, Salinas comienza a buscar para su verso un lenguaje lírico, de fondo más que de forma, y descubre a un poeta solitario que va a convertirse en su guía espiritual: Juan Ramón Jiménez.

Su estancia en París, de 1914 a 1915, abre su vida a tantas cosas nuevas que él disfruta con deleite: los museos, los conciertos, los paseos por la ciudad, la Universidad de la Sorbona, donde da clases de Literatura española en español como profesor visitante. Tras su boda, que pone fin a un copiosísimo epistolario, vuelve un año a la Sorbona y al regresar a Madrid, recibe su doctorado en Filosofía y Letras, en 1916. Al año siguiente prepara la oposición para cátedra universitaria de lengua y literatura espa-

ñola. Gana las oposiciones y opta por Sevilla, donde vivirá una de las épocas más felices de su vida.

En estos años sevillanos Salinas participa en actos públicos, algunos de ellos relacionados con la política de la época. También son años de intenso trabajo para Salinas: edición de las *Poesías* de Juan Meléndez Valdés, versión al español moderno del *Poema del Mío Cid*, publicación de poesías y ensayos en la *Revista de Occidente*. Nace en Sevilla su hija Solita en 1920 y cinco años más tarde en Argelia su hijo Jaime. El año académico 1922-23 pasa tres trimestres como catedrático visitante de literatura en la Universidad de Cambridge (Inglaterra). Su segundo libro de poesía, *Seguro azar*, se publica en 1929.

Recordemos que éste es uno de los más grandes momentos de la literatura española. De niños, mi hermano y yo tuvimos el privilegio de conocer a muchos de sus amigos: a Valle-Inclán, a Unamuno, a los poetas más jóvenes, que frecuentaban nuestra casa. La primera imagen que yo tengo de la poesía fue la recibida en casa, recitada o leída por Federico García Lorca y Rafael Alberti. Jorge Guillén era para nosotros el poeta por excelencia y presencia. Por otra parte, en la escuela ninguno de nuestros compañeros tenía un poeta por padre. Ponía mi padre tanto empeño en hacernos disfrutar. Vicente Aleixandre cuenta cómo se lo encuentra jugando con nosotros: «Aquel abigarrado montón de niños y hombre estaba escribiendo un poema», escribe Aleixandre. Aquí tenemos un perfecto ejemplo, a lo vivo, de lo que entiende Salinas por conjunción de poesía y vida.

El exilio

Al estallar la guerra civil española, Pedro Salinas se encontraba en el palacio de la Magdalena, ejerciendo sus funciones de Secretario General de la

Universidad Internacional de Verano de Santander. Al llegar a Estados Unidos, siguió enseñando literatura española en su propio idioma. Pedro Salinas tenía una gran curiosidad por todos los nuevos aspectos de la vida americana. En 1937 es invitado a dar unas conferencias en la Universidad de Johns Hopkins (Baltimore), sobre «La realidad y el poeta en la literatura española», y tres años más tarde se incorpora a dicha Universidad.

En aquel momento apenas había españoles en Baltimore. Si bien el eje de su vida en el exilio era la clase, Salinas en Estados Unidos disponía de muchísimo más tiempo que en la España prebélica de los años 30. La falta de comunicación oral con sus amigos, en Estados Unidos, la compensaba con la escrita. Como en los años de noviazgo con mi madre, ahora su actividad epistolar se hace copiosísima. Aumenta grandemente su producción en prosa. En los quince años de su exilio americano, es claro que multiplicó su obra escrita y la amplió en nuevos géneros literarios: teatro, ficción y ensayo.

Para muchos poetas exiliados, la nostalgia es un sentimiento tan fuerte en ellos que no pueden cantar en sus versos otra cosa. Rafael Alberti es un ejemplo. En cambio, Salinas, en todos sus años de exilio, no hace literatura de su condición de exiliado español. Y no por falta de patriotismo. El, en palabras suyas, veía a España «como una realidad que no puede compensarse con nada». Siempre se mostró presto a dar su nombre para adhesiones al Gobierno de la República. Y si bien nunca se propuso escribir poesía o prosa política, en contadas ocasiones particularmente tristes para España, se desahogó escribiendo varios sonetos violentamente antifranquistas y varios breves ensayos alegóricos.

Al llegar a Estados Unidos en 1936, Salinas era ya un poeta «pre-dispuesto» para el mundo que se le ofrece. Si confiesa que, como objeto poético, el paisaje le ha interesado

muy poco, en cambio, la ciudad americana moderna le incita a escribir poesía. En América, a diferencia de tantos poetas americanos que cantan a la naturaleza, él va a ser el poeta urbano, el de Nueva York y Chicago, las ciudades de las luces y los rascacielos. En esta tan excepcional confesión, el poeta intenta recrear para su público lo que él experimentó ante las nuevas realidades americanas. Pero según pasa el tiempo y aumenta en el hombre la ambición de dominar por medio de la guerra, el «prodigio técnico» que tanto elogiaba Salinas va a cambiar de signo. Las máquinas, antes utilizadas para el bienestar del hombre, para facilitar su vida, amenazan ahora con convertirse en los métodos de destrucción más definitivos que ha creado el hombre. «Las angustias», dice, «arremeten por todos lados».

En 1943 Salinas es invitado por la Universidad de Puerto Rico como profesor visitante y allí se traslada con mi madre y empiezan para los dos los años más felices de su exilio, el nuevo encuentro con su idioma. Declara: «Sí, he vuelto a respirar español en las calles de San Juan». Para mis padres el traslado a Puerto Rico representó una doble alegría: la de vivir en *español* y la de volver a encontrarse junto al mar. Porque Salinas, hombre de tierra adentro, en 1911 había descubierto el Mediterráneo. En sus primeros libros escribe varios poemas sobre el mar vivido por él en sus veranos de Alicante. Ahora, ante la belleza del mar antillano, concibe la idea de un largo poema sobre el mar. Y así escribe su *Contemplado*.

Mi padre no quiso volver a España, pensando que su vuelta podría ser interpretada como una posición política. Antes de morir dijo que quería ser enterrado en tierra española, pero no en la España de Franco. Murió en el Hospital Mass. General, situado a orillas del río Carlos. Su cuerpo fue trasladado a Puerto Rico y yace en el cementerio de San Juan, frente al mar.

Juan Manchal

«Salinas y la universalización de la lírica española»

No es arbitrario decir que la poesía de lengua castellana de este siglo es la más *universal* de sus diez siglos de existencia. Universal en dos sentidos: el de su extensión geográfica, por un lado, pero también por el designio mismo de sus grandes creadores, por su aspiración común a tratar temas universales en sus obras poéticas. Don Miguel de Unamuno fue la encarnación misma del afán universalizador. Por eso decía que la única poesía que quedaba de los siglos pasados, la única que podía ser perdurable, era la que él llamaba *poesía pensada*.

Pedro Salinas pertenecía a un grupo de jóvenes escritores españoles que veían también, en un pensador un poco mayor que ellos, José Ortega y Gasset, un ejemplo intelectual y moral. Tomando la palabra *paradigma* en la acepción de figura aglutinadora de una generación, o figura más representativa de una generación histórica, para mí la de Salinas es, sin duda, la de 1914. Salinas tuvo, fundamentalmente, tres paradigmas: el centroamericano Rubén Darío, el vasco-castellano Miguel de Unamuno y el andaluz Juan Ramón Jiménez.

Puede mantenerse sin arbitrariedad que la de Salinas es una de las generaciones más importantes de *toda* la historia de las tierras de lengua castellana. Se caracteriza, además, por una actitud enteramente nueva en la historia espiritual hispánica: es una generación esencialmente *vitalista*, que afirma la riqueza y el valor de la vida humana en sí misma. En contraste con Unamuno, la generación de Ortega y Salinas deja de lado la obsesión introspectiva por la muerte y aspira, además, a formular una fe en la vida que se sustente en *esta vida*, en

lugar de relacionarla con un más allá. Una generación que seguía creyendo en Europa, en la Europa de la preguerra, de antes de 1914. En general, fueron lo que se llamó *aliadófilos*, es decir, partidarios de Francia e Inglaterra, aunque muchos de ellos tuvieron una cultura fundamentalmente alemana. Era una generación hondamente *liberal*. En suma, fue una época que hoy nos parece un maravilloso oasis de una España nuevamente universal. Pero el paradigma lírico de la generación de 1914 es Juan Ramón Jiménez, el andaluz universal, como le llamó Rodó. Y también el poeta-paradigma lo será Guillén, a quien considero el poeta más representativo de esa generación.

Volvamos a esa época en que Salinas se revela como un gran poeta amoroso, la época primaveral de la Segunda República y cuando todo parecía ofrecer a España un futuro de paz y colaboración humana en tareas creadoras comunes. Salinas ocupaba un cargo de marcada importancia en la Universidad española y publica un desnudo libro de amor, un poema abierta e *impudicamente* amoroso: *La voz a tí debida*.

Pero la poesía de Salinas no acabó en 1936 cuando tuvo que abandonar España. Como en el caso de otros poetas españoles del exilio, éste transformó su poesía, la hizo mucho más universal en su objeto y en su alcance. Salinas, después de 1939 y, sobre todo, después de 1941, cuando la guerra es verdaderamente mundial, siente que el poeta debe ser la conciencia moral de la humanidad entera. Para Salinas, de pronto, la poesía es universal en sus temas o alcance, o no es nada.

Siguiendo el proceso que señala Teilhard de Chardin en la vida del hombre, podríamos dividir la actividad literaria de Salinas en tres fases: la primera (1913-33), o fase de *concentración*; la segunda (1933-36), fase de *descentración en el tú de la amada*; y la tercera (1936-1951), fase final de *sobre-centración en el Uno mayor que es el hombre*.

Propongo que la trayectoria poética de Salinas equivale al paso de Garcilaso, poeta del amor humano, a San Juan de la Cruz, a la poesía vertida hacia un *Más allá* misterioso, humanizador, que ofrece el enigma de la creación con sus realidades, sin embargo, visibles en el mar. La obra lírica de Salinas en la última fase de su vida, 1936-1951, es precisamente ese ponerse en el lugar de otros hombres, de los millones de desplazados y de tantas víctimas de la destrucción bélica. De ahí que haya sido Salinas una de las voces más universales de la poesía española después del terrible año divisorio de 1936.

Lo más universal de Salinas es la voz del poeta exiliado. Su gran poema *Cero*, publicado en septiembre de 1944, es un ejemplo de la universalización de la lírica hispánica. En él inicia una crítica del poder de la técnica como un poder tenebroso y ciego. Ve que los seres humanos se habían convertido en servidores en vez de directores de la técnica. Francisco Ayala señaló que *Cero* se publicó un año antes del primer uso bélico de la bomba atómica. ¿Cabría concluir que el poema *Cero* es un desesperado adiós a la historia, un grito de angustia sin posible eco? Porque Salinas, sin embargo, no dejó de seguir cantando la belleza de la vida. Es decir, no hay en él la auto-complacencia nihilista de tantos escritores de nuestro siglo, que parecen querer negar todo lo que sea un signo de esperanza. Posiblemente Salinas, al mismo tiempo que *Cero*, escribió el libro, de publicación postuma, *Confianza*, en el que condensaba su fe en la pervivencia del hombre.



Juan Marichal es catedrático emérito de la Harvard University, donde ha ejercido la docencia desde 1949, año en el que se doctoró con Américo Castro en Princeton. Actualmente está asociado al Instituto «Ortega y Gasset», en Madrid. Autor, entre otros trabajos, de *Teoría e historia del ensayismo hispánico*.

La expansión del ensayo

«El ensayismo es cuantitativamente la gran novedad de la literatura noventaenista», escribía Pedro Salinas en 1943, en un repaso-resumen general de la literatura española de nuestro siglo, para una enciclopedia norteamericana, cuando se encontraba él mismo en el comienzo de sus más fecundos años de ensayista.

Conviene tener presente que Salinas conocía la tradición ensayística inglesa y se situaba en la tradición del ensayo español, la del ensayo más bien *docente* (como llamaba él a los de Ortega), pero también a la del ensayo biográfico o retratista, y el de tipo meramente contemplativo. Podemos conjeturar que de no haber muerto tan tempranamente —a los 60 años—, habría escrito más libros de ensayo, como hicieron otros escritores que le sobrevivieron.

Salinas, en el exilio más que antes, ha visto la importancia de la *tradición*

como concepto clave español. Además Salinas estimaba que él, fuera de España, tenía una función que podríamos llamar de expositor dignificador de todo lo que la literatura española (e hispánica, en general) había aportado a la cultura y la civilización modernas.

Propongo la siguiente hipótesis: Salinas es, plena y gozosamente ensayista genuino desde 1939, cuando empiezan sus colaboraciones en la prensa hispanoamericana y, sobre todo, desde su estancia en Puerto Rico, cuando descubre todas sus potencialidades literarias, al hallarse de nuevo en lo que llamaba *el solar-e la lengua*. Creo que es patente que el concepto de tradición es una de las grandes aportaciones de Salinas al estudio de la literatura. Su ensayo sobre Jorge Manrique y la tradición de la muerte muestra, además,

la ampliación del ensayismo de Salinas.

Salinas, el *ensayista*, lo fue siempre, por supuesto, desde que empezó a escribir cartas largas a su novia, y es también, como don Miguel de Unamuno, uno de los grandes escritores epistolares de este siglo en español. Pero después de 1936, cuando abandona Europa, empieza a escribir más ensayos. Y más cartas, por supuesto. La proximidad de ensayo y carta, tan observable ya en Unamuno, se podrá ver también en Salinas cuando se publique su epistolario. Pero, sobre todo, su estancia en los Estados Unidos y en Puerto Rico le hizo ser espectador obligado y gozoso de unas nuevas realidades que no habría conocido. En suma, al cambiar su circunstancia (en el sentido orteguense) se amplió considerablemente su meditación, su visión del mundo.

Con más de 200.000 asistentes

Doscientos cursos universitarios desde 1975

Han sido impartidos por un total de 229 especialistas en las más variadas materias

Con este ciclo sobre «Memoria y vigencia de Pedro Salinas» son ya 200 los **Cursos universitarios** que ha celebrado la Fundación Juan March en su sede, en Madrid, desde 1975 hasta ahora. Un total de 200.526 personas han seguido las 788 conferencias que contabilizan dichos cursos, impartidos por un total de 229 conferenciantes distintos.

Estos cursos, que versan sobre temas monográficos y son impartidos por especialistas en las más variadas

materias, tienen como objetivo la formación permanente de postgraduados y estudiantes universitarios. Los temas tratados en ellos abarcan todos los campos científicos y humanísticos.

De cuatro conferencias cada curso, generalmente, se desarrollan a lo largo de dos semanas consecutivas, y están abiertos a todo interesado en la materia de que se trate, al igual que otros actos que organiza la Fundación Juan March.